

EL AMOR INCONFESABLE

¿ Cómo nombrar lo innombrable? Cuando la lengua se paraliza y los oídos se taponan, cuando nadie quiere ver nada, saber nada, ¿cómo dinamitar el silencio que hunde el tabú hasta lo más profundo, lo más oscuro de los dormitorios cerrados a cal y canto? Aquella mañana, Jeannette Vadel quiso decir lo indecible. A su manera. A las cinco horas y treinta minutos del miércoles 13 de septiembre, esa mujer de treinta y ocho años se inmoló con fuego en su propio lecho. Ni una palabra explicando el suicidio. Su verdad decidió marcarla con fuego. Y que comprendiese el que pudiera.

"Una santa, Jeannette", dicen en Bessèges, ciudad que agoniza al pie de los Cévennes, sangrada por el éxodo y el cierre de fábricas —doce mil habitantes a comienzos de siglo, cinco mil en la actualidad—. Era la mujer del panadero, el más importante de Bessèges, con seis personas trabajando para él. Tenía cuatro hijos, tres de ellos hembras. De dieciocho, doce y diez años. Hace unos meses, Christine, la mayor, quiso salir con un muchacho que acababa de cumplir el servicio militar. Roland Vadel, el panadero, dijo no. La hija quería casarse. El padre exigió que dejase al novio, a lo que se negó la muchacha. Entonces la amenazó con un cuchillo, el cuchillo que iba a reventar el absceso que pudre a la familia desde hace años. Christine acude a la Policía. Muerta de confusión y de vergüenza, revela lo que siempre había callado. Denuncia a su padre incestuoso. Desde hacía cinco años, éste abusaba de ella. Y recientemente además había tratado de violar a su otra hija de doce años.

El padre es detenido, la madre se suicida. Telón. Ningún habitante de Bessèges quiere hablar de "este drama repugnante". Los policías callan; el juez de Nîmes no está para nadie. Los financieros del más antiguo municipio socialista, cincuenta años de SFIO-PS sin interrupciones, no quieren que se dé publicidad al caso. La prensa local apenas lo toca. "Le Monde", que se atreve a titular: "El incesto o la conspiración del silencio" es tachado en Bessèges de diario podrido.

Crimen innombrable, en efecto. E innombrado. Inútil buscar. La pa-

¿Denunciar el incesto? ¿Enviar al propio padre a la cárcel, romperle el corazón a la madre, tener que vérselas con la Policía, los jueces, los interrogatorios? Una adolescente francesa de la región del Gard se ha atrevido a dar el paso.

MARIELLA RIGHINI

labra "incesto" no figura siquiera en el Código Penal francés. La consanguinidad es considerada únicamente como una circunstancia agravante en caso de violación o de atentado al pudor en la persona de una menor. Y es necesario el concurso de un suceso monstruoso para que por fin se digan las cosas. Jeannette, esposa abandonada. Y las demás. Jacqueline, por ejemplo, treinta y dos años: cuando era niña, su padrastro tenía un modo sucio de llevarla consigo al baño, la trató como "un objeto de su propiedad" desde el momento en que ella cumplió los catorce, le hizo cuatro hijos. Por eso, una noche Jeannette lo mató con una barra de hierro mientras dormía. "Los hijos irán al orfanato, donde cuidarán de ellos. Yo iré a la cárcel, pero me sentiré liberada". Yvette, de veinte años, violada por su padre a los trece: "Le he pegado cuatro cuchilladas a mi papito. Pero no conseguí eliminarlo. Bicho malo nunca muere". Si no es la hija la que asesta las cuchilladas, es el novio de ésta. Y cuando no es el padre el suprimido, es el hijo del padre. A menos que sea la hija la que pone fin a sus noches.

Denunciar el crimen a través del crimen. Algunas no ven más salidas. Otras llaman la atención, indirectamente; a través de una fuga, un aborto, un embarazo clandestino. Rara vez con una denuncia. Entonces la Policía descubre, incidentalmente, que hace ya diez años que el hombre de la casa abusó de la hija de su mujer. Y también de sus propias hijas, hasta de la más pequeña. Y durante las vacaciones, de las primas de sus hijas... Trescientos casos de incesto son perseguidos anualmente. Cifra que hay que multiplicar por diez —por cien, según los pesimistas— para tener una día aproximada del número de incestos consumados en los hogares franceses.

¿En medio del drama y la violencia? Se podría fantasear. Imaginar que únicamente los casos que en-

tran a formar parte de la crónica negra son vividos trágicamente por las menores. En cuanto a los demás... "Matan a las niñas": así es como titula Leïla Sebbar su conmovedora encuesta publicada en "Stock-2", la primera en Francia sobre las violencias infligidas a las menores de quince años. Todas las violencias. Golpes, malos tratos, violaciones. Los capítulos sobre el incesto, sobrios, precisos, concretos, son insufribles. Los relatos, las cartas, las entrevistas, los testimonios de unas niñas crecidas demasiado aprisa, dicen lo que callan los sumarios de los policías, los jueces, los asistentes sociales, los educadores. El terror en medio del cual viven el incesto. El odio, la vergüenza que las paraliza y aplasta. Que acaba literalmente con ellas. Escuchemos a Dominique, catorce años: "Cuando era pequeña, lloraba. Lloraba solamente. Vela ante mí a un gigante. Nada podía hacer. Me echaba a llorar, es todo... Cuando mi padre la atacaba, mi hermanita se hacía pis en la cama, tenía mie-

do... No podíamos hacer nada. La puerta no se cerraba con llave. Ya no podíamos dormir. Estábamos como acosadas. Nos tapábamos como podíamos, yo misma con libros, para evitar que nos tocara. Me tapaba la cara con la almohada para impedirme gritar". Tenía trece años.

¿Seducción, provocación por parte de esas mujercitas de senos incipientes, de vientre delicadamente aterciopelado que son como una reproducción del cuerpo de sus madres sólo que más joven, más flexible, más suave? "No creo a los que acusan a las niñas de provocación —declara el comisario Ernest Lefevre, de la Brigada de menores—. Siempre hay por medio violencia". Una cosa es desear al padre en la imaginación, arrastrar en sueños un Edipo como un melón de grande. Otra cosa es vivirlo en el propio vientre con penetración, embarazo, aborto o parto. "¿Esa realidad era deseada por ellas?", se pregunta Leïla Sebbar. La demanda sexual no procede jamás de las niñas, sino que se les impone sin que sus cuerpos tengan tiempo de despertarse, de descubrirse en la libertad, la autonomía.

¿El placer? Jamás hablan de ello. Sus relatos evocan el horror de la oscuridad, del dormitorio scerrojado, de la herida, las amenazas, los

"Lot, embriagado por sus hijas", de Lucas Jor



golpes. Tampoco se habla en ningún momento de amor, ni de ternura. Sino de odio contra el padre, el padrastro, o el amante de la madre que los manipula y aterroriza. Incluso si este terror es sutil. Los gestos son siempre idénticos. Unicamente varían los argumentos. El "haz lo que te mando" de los medios más incultos se convierte, en los ambientes más evolucionados, en "es por tu bien, pequeña, para que sepas cuando seas mayor".

Alcohólico una vez de cada cinco, despótico, violento, a menudo colérico, pero casi siempre buen ciudadano, buen trabajador, buen marido. ¿Buen padre? El padre incestuoso es un hombre normal. Ni delincuente ni desviado. Ni particularmente enfermo ni obligatoriamente miserable. Simplemente propietario. Tanto del cuerpo de sus hijas como del de su mujer.

Una mujer que, en las familias incestuosas, brilla por su ausencia. Extrañamente desvalda, cuando no muerta, o ausente. No sabe ni ha visto nada. Los ojos cerrados y la boca cosida. Incluso cuando lo sabe todo o al menos lo adivina. "Mi madre estaba al corriente de todo, aunque fingía no saberlo", confiesa una de las muchachitas del citado libro-documento. "Le hablaron de ello. Inmediatamente cambió de conversación". Y si la hija insiste, se ve tratada de loca, de mentirosa, de viciosa.

Madres aterrorizadas por el tirano doméstico, sometidas, junto con sus hijas, a su sola autoridad. Madres resignadas e incluso aliviadas cuando se ven sustituidas como objetos sexuales por sus hijas. Madres cómplices, mudas por miedo al escándalo, a los Tribunales, a la soledad, dispuestas a sacrificar a sus hijas a cambio de disfrutar de una paz doméstica, de una paz se-

xual. Ninguna habla con tal de no perder al hombre ni a las hijas.

Estas últimas no son tampoco habladoras. "Me frotó con colonia después de obligarme a jurar que no diría nada a nadie. Que aquello sería un secreto entre los dos". "Si hablas, irás a un correccional". "No digas nada a menos que quieras ir a la cárcel", o "Si hablas de esto, te mato". Al principio, las pequeñas no comprenden siquiera lo que el padre trata de hacerles. Pierrette: "Hacia los trece años, comencé a intuir que se aprovechaba de mí. Entonces empezó a asquearme. ¿Qué hacer? No puedes reaccionar contra él porque al fin de cuentas es tu padre"; "Yo no me rebelaba, ¿por qué? No lo sé. Aquello duró diez años". ¿Hablar de ello fuera de la familia? Sería traicionar a los suyos, enviar a su padre a la cárcel, romperle a la madre el corazón, ¿Tener que vérselas con la Policía, los jueces, los interrogatorios? Demasiado para una niña.

"Una de cada cuatro prostitutas sufrió una violación siendo niña, y el culpable fue en la mayoría de los casos el padre", observa Benoite Groult. Leila Sebbar observa un paralelo inquietante entre el ritual de la prostitución y el del incesto: "Todo se desarrolla según un ritmo, en un espacio, con gestos y reglas característicos de la prostitución. Ella hace lo que él le ordena. Esta allí para darle placer". Las mismas prisas, idéntico confinamiento en el espacio, igual olvido del cuerpo de la niña. Si cumple, si obedece, obtendrá como regalo un bombón o algún dinero.

El panadero Roland Vedel se mostró generoso con su hija Christine. Cuando ésta cumplió dieciocho años, el padre le regaló un coche. © TRIUNFO y "Le Nouvel Observateur".

QUINO



(Museo del Prado). (Foto: David Manso.)

